

# Siempre pagan los mismos

CARLOS BASSAS DEL REY



**ALREVÉS**  
NOVELA NEGRA

«Un viaje a Ofidia es un viaje a la crueldad de la España más oscura. Y no hay mejor guía para ese viaje que Herodoto Corominas, un policía contemporáneo que huele a clásico.»

**ALEXIS RAVELO**



Carlos Bassas

**Carlos Bassas del Rey** (Barcelona, 1974) es doctor en Periodismo, profesión maravillosa de la que escapó a tiempo. En la actualidad sobrevive como *juntaletras* de fortuna, labor que equilibra como puede con la docencia y la dirección de **Pamplona Negra**. A lo largo de sus años como autor audiovisual ha escrito cortometrajes, documentales, largometrajes, videoclips y spots publicitarios, y ha organizado, dirigido e impartido cursos de guión y escritura creativa, exposiciones, ciclos de cine y cursos de verano relacionados con el mundo audiovisual. En el 2007 fue galardonado con el **Premio Plácido al Mejor Guión de Largometraje** de Género Negro en el **IX Festival Internacional de Cine Negro de Manresa**, y en el 2009 fue coordinador editorial del libro *Tasio 25*. En el 2012 publicó su primera novela, *Aki y el misterio de los cerezos* (Toro Mítico), un relato de aventuras ambientado en el Japón del siglo XVI, y ganó el **Premio Internacional**

**de Novela Negra Ciudad de Carmona** con su segunda novela, *El honor es una mortaja* (Tapa Negra).

En la ciudad de Ofidia no hay dioses celosos de la fortuna de los hombres, seguramente porque ninguna de sus casi trescientas mil almas la tiene. Quien mejor lo sabe es Herodoto Corominas, un inspector de policía que nada —o casi— tiene que ver con el padre de la Historia, salvo por el hecho de que también desconfía de las apariencias y apela al sentido común ante los dos principales mecanismos que mueven el mundo: las pasiones y la injusticia. La ceguera, en fin, de la naturaleza humana.

En ella piensa Corominas cuando un día aparece el cadáver de un agente municipal al que han rajado el vientre en plena calle y al que nadie llora. A medida que tire del hilo, lo que descubra sobre un adolescente desesperado, una conjura y un librero de viejo cansado de perder, tal vez no sirva para escribir una epopeya, pero sí una trama intensa, aguda y sutil hecha con los pedazos que deja la vida cotidiana, esa en la que un trozo de verdad, aquí sí, es casi toda la verdad, y donde, pase lo que pase, siempre acaban pagando los mismos.

**SIEMPRE PAGAN LOS MISMOS**

**,**

# **SIEMPRE PAGAN LOS MISMOS**

**UN NUEVO CASO DEL INSPECTOR HERODOTO  
COROMINAS**

Carlos Bassas del Rey

**ALREVÉS**  
BARCELONA 2015

Primera edición: mayo de 2015

*Para Josep Forment, siempre con nosotros*

Publicado por:

EDITORIAL ALREVÉS, S.L.

Passeig de Manuel Girona, 52 5è 5a

08034 Barcelona

info@alreveseditorial.com

www.alreveseditorial.com

© Carlos Bassas del Rey, 2015

© de la presente edición, 2015, Editorial Alrevés, S.L.

© Ilustración de portada: Pepe Farruço

ISBN digital: 978-84-16328-02-4

Código IBIC: FF

DL B 9710-2015

Producción del ebook: booqlab.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

*A mi padre,  
que me descubrió a Manuel Vázquez Montalbán*

¿Es imaginable un ciudadano  
que no posea un alma de asesino?

Emil M. Cioran

## **ACTO PRIMERO**

# **Uno de los nuestros**

## I

Antonio Falcón caminaba por el centro de la calle como si fuera suya: mentón arriba, pecho al frente y omóplatos atrás. Todo le pertenecía: aceras, pavés, casas, bancos, farolas y almas. Se lo había ganado a base de meter miedo y porque, desde su regreso, nadie en aquel rincón de Ofidia se había atrevido a plantarle cara.

El barrio de San Marcial estaba formado por viejas *uvepeós* de cemento pobre. El constructor debía de haber empleado un tercio del presupuesto en arreglarse los baños de casa, y algún concejal se había comprado el anhelado pisito en Salou gracias a otro tanto. Todas las fachadas eran la misma. Las diferencias iban por dentro, tanto de las casas, como de sus habitantes. Algunas personas tienden siempre a sentirse minúsculas; otras, en cambio, se creen mejores de lo que son y han elevado ese arte a la categoría de alta cocina.

Falcón era de los últimos. Había nacido en aquel barrio y lo conocía muy bien, todas sus virtudes, que eran pocas, y sus miserias, que tampoco eran muchas. Se detuvo frente a una pequeña tienda, una colonial llena hasta arriba de todo menos de futuro. «Ultramarinos Señor Manel», para qué más.

El señor Manel hacía equilibrios tras el mostrador sobre un taburete de anea. A ratos se balanceaba únicamente sobre las dos patas traseras, los pies firmes en los travesaños; y cuando se sentía atrevido, incluso temerario, dejaba que todo su mundo se sustentara sobre una única extremidad.

Era un tipo de cara triste, el señor Manel. Por lo que le había tocado vivir y porque la genética es así de cabrona, a veces. Hacía tiempo que la piel del rostro se le había escurrido y estaba manchada de herrumbre. A pesar de todo, conservaba cierto aire de nobleza perdida; de conde, de duque o incluso de archiduque arruinado en algún lejano casino de la Costa Azul.

Al ver aquella silueta detenerse frente a su pequeño comercio, cada rincón de su cuerpo se revolvió, enfurruñó el ceño y su frente se convirtió en un campo recién labrado. No hace falta ser un tío grande para intimidar; de hecho, Antonio Falcón era todo lo contrario, así que se había procurado puños como martillos pilones para compensar.

Se plantó frente al señor Manel y echó un vistazo alrededor, aunque conocía la tienda al dedillo. «Es sorprendente la cantidad de metros cúbicos de mala baba que caben dentro de un cuerpo tan pequeño», pensó el comerciante.

—Deberías invertir algo más en tu negocio, que los chinos os están comiendo la calle.

El señor Manel le aguantó la mirada:

—Chinos, moros, indios, *paquis* o españoles, cabrones los hay en todas partes.

Falcón esbozó media sonrisa. El viejo tenía toda la razón:

—Al menos a los de aquí se os entiende, y uno, pues se hace entender —replicó—. ¿Tienes lo mío?

Las fuerzas que tanto le habían costado reunir al señor Manel para enfrentarlo volaron de golpe. Bastaron aquellas tres palabras; un bolero. Negó con la cabeza y expuso el cogote. Cuando un hombre mira al suelo, su derrota es absoluta, y Falcón lo sabía. El viejo esperaba la vizcaína.

—La cosa está mal —susurró mientras contraía los hombros y el alma—. Apenas llego.

—Pues la próxima vez no votes a un gobierno de rojos y de maricones —le espetó Falcón—. Os prometen el oro y el moro y luego *rien de rien*. Pero los de izquierdas ahí, erre que erre, tragando como gilipollas mientras el politburó y los sindicatos se os forran en la cara.

El señor Manel permaneció en silencio y, sin motivo alguno, recordó la lección magistral que le había impartido un viejo camarada del *Pecé* hacía mucho tiempo; debía de intuir que la vida no le iba a durar y recorría al pasado: «Si encierras a cuatro comunistas en una habitación, se habrán escindido en dos facciones a la hora, y, pasadas dos, en cuatro partidos». «Aquel hombre tenía más razón que un santo», se dijo; y le recordó por qué había echado su militancia por el váter.

—Yo también soy un empresario, y ambos sabemos que en cualquier negocio, la imagen lo es todo —continuó el tipo que tenía plantado enfrente como si dictara la lección—. Cosa de reputación, ¿sabes lo que te digo?

El tendero se lo sabía al dedillo.

—Así es la vida, viejo: o jodes o te joden. Y a mí no me gusta que me den por culo, ya ves —concluyó Falcón.

Ambos permanecieron en silencio durante un rato imposible de precisar. Lo que para unos es un segundo, para otros dura la eternidad. Falcón agarró al señor Manel por la solapa de su bata azul, la que siempre vestía dentro del colmado, sacó la pistola que llevaba encajada en la trasera del cinturón, la sujetó por la corredera y lo golpeó en la cabeza. Un único mazazo con la culata y el cráneo se le resquebrajó como cristal bajo el cuero cabelludo.

El viejo cayó de bruces sobre el mostrador mientras la sangre teñía su pelambarrera ceniza. No había perdido ni una hebra con el tiempo. Falcón se apartó, los ojos fijos en el pecho. Dos gotas de sangre le habían alcanzado la camisa.

—Me cago en la puta de Christian Dior.

Limpió el arma en la bata y la devolvió al cinto. Después, apartó el cuerpo a un lado y abrió la registradora. Poca cosa. Cogió el botín y se lo metió en un bolsillo mientras izaba el puente levadizo que daba acceso a la trastienda.

Al regresar, traía consigo una pequeña caja de caudales. Su mano tanteó la parte inferior del tablero de conglomerado y chapa hasta dar con una llave sujeta con cinta adhesiva:

—Veo que sigues siendo un animal de costumbres.

El cofre de lata estaba lleno de billetes de cincuenta.

—Los tíos como tú me dais asco —lanzó, aunque sabía que el señor Manel no lo escuchaba—. Venderíais a vuestra puta madre con tal de no soltar la pasta, y luego resulta que no tenéis ni media hostia.

Falcón regresó al otro lado del mostrador, agarró un paquete de clínex de una repisa, extrajo uno, ensalivó la esquina y salió de la tienda. Ni siquiera se molestó en comprobar si el viejo respiraba. Se limitó a cruzar la calle en dirección al bar que quedaba enfrente.

Avelino, el dueño, lo vio venir a través de uno de los ventanales:

—Hijo de la gran puta.

Falcón entró como el vendedor que va a premiarse con una copa tras el negocio cerrado. Un grupo de viejos jugaba al dominó ajenos al monótono claqué de sus fichas sobre la mesa. Ni siquiera lo miraron, y, mucho menos, se atrevieron a abrir la boca.

El Gordo era un local varado en los setenta con suelo picado de ajedrez, barra taraceada y paredes de color inclasificable. El nombre no respondía al tamaño de su dueño —aunque podría haberlo hecho perfectamente—, sino al único golpe de suerte que había tenido aquel barrio en toda su historia: un tercer premio en la Lotería de Navidad de 1971. El dinero llegó rápido y fácil y se gastó del mismo modo.

Avelino parecía cebado como una oca a punto para paté, hasta el extremo de que su enorme cabeza, esférica y pelada como una vieja bala de cañón, había quedado degradada a simple canica. Falcón se dejó caer en su taburete; cuando eres el rey, ya se sabe, tienes tu trono. Sobre aquel asiento de patas largas, sus pies se balanceaban en el aire como los de un crío.

El dueño terminó de secar el vaso que sostenía entre las manos y se acercó a regañadientes.

—Lo de siempre —le indicó Falcón sin levantar la vista de su camisa—. Y un sifón.

Avelino cogió una botella de coñac, un Peinado de cien años que el hombre se había hecho traer especialmente desde Tomelloso, y le sirvió un trago de club inglés. Después, se agachó, cogió una botella de soda y la dejó al lado. Falcón echó un chorro sobre un nuevo clínex y comenzó a frotarse la camisa.

El dueño del bar aprovechó para desaparecer por la puerta de la cocina y regresar al rato con un sobre y tufo a freidora. Lo depositó en la barra con la cara gacha y el orgullo herido. Falcón se lo metió en el bolsillo y, al levantar la vista, se fijó en los billetes de lotería sujetos a la pared por una pinza. Al lado, un cartel escrito a mano ponía: «Hay Lotería de Navidad». Y a su izquierda, en otro plastificado e impreso, podía leerse: «47.550. Tercer premio de la Lotería de Navidad de 1971. Vendido aquí».

—Dame uno de esos, no vaya a ser que a Dios le dé por cagar dos veces en el mismo sitio.

Todos giraron la cabeza al oír la sirena. La ambulancia apenas cabía en la calle, por lo que tuvo que subirse a la acera y avanzar de canto como en una película. El dueño del bar miró al tipo que tenía parado delante. Un solo instante, como había hecho el señor Manel, antes de agachar las orejas de nuevo.

Falcón apuró el coñac y brincó del taburete.

—Me haces trabajar, gordo —masculló, contrariado—. Y sabes que no me gusta trabajar.

Una vez en la calle, fue al encuentro de la ambulancia. En el momento en que uno de los sanitarios abría la puerta con más miedo por que le desvalijaran el vehículo que prisa, echó mano a la chaqueta, sacó la cartera y se identificó: subinspector Antonio Falcón, de la Policía Municipal.

## II

Los inviernos en Ofidia eran aún eso, inviernos. Fríos y de helada diaria. El único consuelo al que agarrarse era que se trataba de una estación seca y generalmente coronada por un sol redondo como una galleta María. Raras veces nevaba, pero cuando le daba por caer, ponía el tráfico y el ánimo de los niños patas arriba.

A Javier le gustaba la nieve, en especial su crujido al aplastarla con las suelas. Era como el sonido de una maroma estrangulada por el marinero de un barco pirata. Él y Jon se conocían desde críos. Apenas entraban ya en los asientos de aquel columpio en el que se habían propulsado adelante y atrás, arriba y abajo tantas veces, hasta el punto de convertir su balanceo diario en un ritual de guardar; poco les importaba tener catorce años y sentirse más hombres que niños.

Las estelas dejadas por un par de aviones hacía un rato se deshilachaban en el cielo. Hasta que otro surgió tras una azotea y tiró una nueva cola blanca de delineante:

—Nueva York.

—Tú flipas —contestó Jon.

—De derecha a izquierda —señaló Javier con la suficiencia del que se cree que ya lo sabe todo.

Hacía tiempo que los edificios que cerraban aquel espacio habían sido abandonados y la intemperie había recuperado buena parte de su terreno. Nadie llegó a ocuparlos nunca, y ahora no eran más que esqueletos con la fachada picada de viruela. Con la cancelación de las obras había muerto la última esperanza del barrio: nuevos vecinos y un centro comercial con multisalas, Mercadona, Zara, Mango y McDonald's. Muchos habían perdido todos sus ahorros en aquel cementerio.

—Algún día me largaré de aquí en uno de esos —dijo Javier mientras acompañaba el recorrido del vuelo, apenas una mota plateada a diez kilómetros sobre su coronilla—. Pronto.

—¿Te acuerdas de la escena de *Matrix* en la que Cifra se está jalando un pedazo de solomillo con el agente Smith? —preguntó Jon, que le hacía caso, pero estaba a lo suyo—. Esa en la que le dice que sabe que la carne es de mentira, pero que le importa una mierda. Yo también preferiría *Matrix* de calle.

—Ves demasiadas pelis.

—Yo no soy el gilipollas que sueña despierto —replicó su amigo, irritado por el desdén—. Lo que quiero decir es que a veces creo que no hay nada más que esta mierda. Y si lo hay, no nos toca catarlo. No sé qué coño es peor.

Javier permaneció un rato prendido del silencio azul. Jon intuía que algo no iba bien desde hacía varios días. Estaba raro. Su amigo estaba raro. Pero sabía que hasta que no le diera la gana, no soltaría prenda. Jamás habían tenido

ningún secreto, pero todos nos guardamos cada vez más cosas a medida que sumamos años.

—Igual nieva —apuntó entonces Javier antes de bajar la cabeza y consultar su reloj, un viejo Casio de primera comunión con Cosmo Flight al que hacía tiempo que no le funcionaban las teclas.

Jon echó un nuevo vistazo al cielo.

—O no.

—Siempre tan positivo.

—Realista, chaval.

—Te apuesto cinco pavos.

—Para eso, primero deberías tenerlos —puntualizó Jon —, cosa que no, porque no has visto cinco pavos en meses. Y, segundo, paso: fijo que cae la nevada del siglo y los palmo.

—No me refería a la nieve —contestó Javier.

Jon lo miró fijamente.

—Estás raro de cojones, ¿lo sabías?

Javier volvió a echarle un ojo al Casio y se puso en pie de un salto.

—Me abro.

—No te estarás metiendo algo, ¿no, mamón?

—Ya sabes que paso de esa mierda.

—Pues ya me dirás... ¡Un chocho! ¡No jodas! ¿Es eso? — exclamó de repente su amigo, seguro de haber dado en el clavo.

Pero Javier ya estaba a diez metros y no lo escuchaba. Su madre había salido a buscar trabajo, así que tenía que

hacerse cargo de su padre hasta que volviera, y llegaba tarde.

La peste le anegó los pulmones nada más entrar. Se acercó a la ventana y la abrió hasta que las bisagras se quejaron. El edificio de enfrente quedaba a un brazo, las fachadas unidas por un tendadero de cuerda verde encerada lleno de camisetas, pantalones, calzoncillos, bragas, medias y calcetines. Parecían una ristra de banderolas tibetanas meciéndose al capricho del viento.

Se acercó al cabecero y lo besó en la frente. Apenas era un saco de piel relleno de huesos de pájaro; un ictus brutal lo había convertido en un cuerpo deshabitado hacía ya casi diez años, y a Javier le había desvalijado la infancia de cuajo.

—Si no me ayudas, no puedo —se quejó mientras cogía una palangana con una esponja a la deriva—. Seguro que si tuviera dos buenas tetas te movías cagando hostias.

Habían tratado de ingresarlo en una residencia, pero las públicas estaban llenas, y las privadas, a años luz. Ni siquiera les habían dado la oportunidad de que una cuidadora social fuera un par de horas al día para impedir que las llagas le hicieran parecer un Cristo yacente. Eran escoria; mierda pobre y recortable.

El país debía apretarse el cinturón por el bien común. Lo habían dicho el presidente, el ministro de Hacienda, el de Economía, el de Industria, el de Trabajo y hasta el de Medio Ambiente, y, de ahí para abajo, todos los secretarios de Estado, subsecretarios y demás acólitos con carné. Lo

que ninguno de ellos entendía era que lo que para unos es la simple correa que sujeta el pantalón, para otros es una sogá.

No se explicaba cómo llegaban a fin de mes. El gasto en medicinas devoraba el paro de su madre, sin contar la hipoteca, la luz, el gas y que nunca faltaba comida en la nevera. En más de una ocasión le había dicho que quería ponerse a trabajar, pero ella atajaba el tema en seco: «Quieres salir de este barrio algún día, ¿no? Pues estudia. Mientras siga teniendo manos, piernas y un par de ovarios, a nadie le va a faltar de nada en esta casa».

Terminó de limpiarlo y le puso un pañal reciclado. Había aprendido a hacerlos en un tutorial de Internet. Apenas lo recordaba fuera de aquella prisión de sábanas, y los pocos momentos que conservaba de su infancia con él se diluían a toda mecha. Ni siquiera las fotos le decían nada. Eran instantáneas de un hombre que apenas reconocía junto a un crío rubio y feliz. Pero ni su padre era su padre ya, ni él aquel nene inocente.

—Esta mierda no va a durar mucho, papá. Te lo juro.

### III

Corominas llegó al local con los cartílagos a punto de quebrar. El cráneo, sin embargo, lo traía caliente, como el humor. En cuanto la temperatura había empezado a caer, se dejó la barba —lo que le daba cierto aire a lo Sércico— y tomó la decisión de comprarse un sombrero. Lo había intentado con los gorros de lana, pero le picaban y le recordaban su niñez, que era algo que no le apetecía evocar. También había descartado las boinas porque le echaban años encima y aún retenía su punto de coquetería.

En una ocasión, Álvaro le había prestado una de sus gorras de béisbol, pero aquello no funcionó. No le apetecía ser el hazmerreír de la comisaría, así que finalmente había optado por un sombrero. Pero no uno cualquiera. «Si vas a hacerlo, inspector, que sea bien», pensó. Y se compró un *fedora*. Porque un *fedora* le da a uno categoría.

Trató de explicarle a la dependienta que no quería un *borsalino*, sino un *fedora*, pero la chica insistió en que se trataba de lo mismo. «*Borsalino* es una marca —le indicó Corominas con paciencia—, pero el modelo es el *fedora*», a lo que la morena de morros colorados replicó: «A mí me gusta el cine francés, y todo el mundo sabe que, desde las dos películas de Jacques Deray, al *fedora* se le llama

*borsalino*». «Pues yo soy más de Arthur Penn, qué le vamos a hacer, y lo que llevaba Clyde era un *fedora*.» Así que Corominas salió de la tienda con su *fedora* gris con cinta negra, y aquí paz y después gloria.

Lo único que el subinspector Vázquez, que ya no era el subinspector Vázquez, sino Vázquez a secas, le había cambiado a la taberna era el nombre: adiós a «El Boquerón de plata», hola al «Biscuter». El resto estaba tal y como Corominas y el resto de parroquianos habituales lo recordaban: mesas baratas cosidas a puñaladas de pitillo, paredes rosas —aunque su nuevo dueño se apresuraba en señalar que eran salmón, exactamente tono FF7B88—, suelo de baldosa picada y una barra con sobre de chapa y frente de plástico que imitaba el mármol sin ningún éxito.

La inauguración había concitado cierto interés —incluso el comisario Contreras se había dignado a asomar el morro —, y Corominas no quería perderselo.

—¿Biscuter? —exclamó en cuanto le echó el ojo a su antiguo camarada, que detrás de una barra no parecía ni la mitad de duro que pateando la calle.

—Hay tres cosas que un hombre jamás olvida: la primera hostia de su padre, el primer polvo y su primer coche.

—No me digas que tuviste un *zapatilla*.

—Serie 100, como lo oyes.

Vázquez había decidido jubilarse hacía un par de meses. «El día en el que las malditas estadísticas se adueñaron de esta sagrada profesión, la cosa se fue a pique, Hero. Ahora,

lo único que les va a la mayoría de estos mamones de teta es el *paloteo* y la *felisa*. Ya no se trinca a los chorizos de verdad, no. Todo es *palote* de tartera y, hale, a empapelar al negro, al moro, al sudaca y al gitano para que el jefe de turno saque pecho. Ahora es tanto trincas, tanto vales, y los de Madrid tan contentos. Y ojo, que no te digo que los angelitos no tengan lo suyo... pero ni punto de comparación con el quinquí de antes.»

Corominas sabía que no le faltaba razón. Las comisarías estaban cada vez más llenas de chavales solo preocupados por baremar; incluso corría el rumor de que andaban por ahí circulares que establecían cupos al respecto. Oficiosas, por supuesto. No fuera caso que la prensa le hincara el diente al asunto y el ministro en persona tuviera que salir a desmentir la cosa públicamente tras persignarse.

—Te diré algo —añadió Vázquez—: nunca le pongas nombre de mujer ni a un barco ni a un bar, y mucho menos te lo tatúes, porque las hembras vienen y van, y cuando te dejan tirado, y que tarde o temprano lo hacen es una de esas verdades bíblicas, entonces tienes un problema.

—Igual es por eso por lo que se largan —replicó Corominas recordando el expediente sentimental del subinspector, que se limitaba a su primera novia, su exmujer y un sinfín de profesionales.

La puerta chirrió acompañando la entrada de Agüero. Al igual que Corominas, venía hecho un carámbano, pero su nuevo corte de pelo le impedía cubrirse la cabeza, no fuera a arruinar los treinta y tantos euros que le había costado.

Eso tirando por lo bajo. Raya trazada a regla y tupé años cincuenta que le caía sobre un costado con elegante languidez.

—Así que ahora te has vuelto empresario —exclamó nada más ver a su excompañero con el mandil—. Tengo que reconocer que la minifalda no te queda del todo mal.

—Lo que necesita este país son emprendedores, chaval, que de mamones andamos sobrados.

—Pensaba que te habías jubilado.

—Los tíos listos como yo tenemos testafarro —lo ilustró Vázquez, ufano.

—A ver si te van a empapelar a estas alturas —terció Corominas, socarrón.

—Lo llaman jubilación flexible —se indignó Vázquez—. Que uno siempre ha sido muy respetuoso con la ley.

—Es decir, que tu bar, en realidad, no es tuyo —certificó Corominas.

—No te equivoques, inspector. Este negocio es tan mío como los huevos que me cuelgan. Si está a nombre de mi hija es porque a uno le queda una pensión que ni para putas.

—No sabía que tuvieras una hija —saltó Agüero.

—A mi niña ni mentarla, ¿estamos?

El subinspector supo que había tocado fibra. Años compartiendo garito con alguien y no te enteras de que tiene familia hasta que al fin lía el petate y se larga con la música a otra parte, generalmente a plantar un bar.

—¿Qué os pongo?

—Lo que sea, pero caliente —suplicó, aún aterido.

—Aquí no servimos mariconadas, nene, vaya por delante. Café, solo o cortado, y bautizado como Dios manda.

Justo en ese momento, el móvil de Corominas comenzó a incordiar. Mientras se entretenía en buscarlo por los bolsillos del abrigo, la americana y el pantalón, Vázquez y Agüero se enzarzaron en una refriega acerca de lo que beben los hombres de verdad.

Al mirar la pantalla, el inspector identificó el número de la centralita de Jefatura.

—Corominas.

La rabieta que mantenían los subinspectores le impedía escuchar a su interlocutor con la suficiente claridad, de modo que los atajó con un gesto.

—¿Qué coño quieres decir? —exclamó, desencajado.

La conversación apenas duró una frase más.

—Voy para allá.

Tras colgar, tragó aire y se dirigió a su compañero:

—¿Has traído el coche?

—Ajá. ¿Qué pasa?

—Que han detenido a Laura.

—Lo que te decía, inspector —soltó Vázquez—: esta sagrada profesión gira ya desagüe abajo.

—¿Estás de coña? —dejó escapar Agüero obviando el comentario—. ¿Qué ha pasado?

—Atentado contra la autoridad. La tienen en Jefatura.

Al conocer el motivo, Vázquez no pudo evitar la guinda:

—Siempre he dicho que tu mujer los tenía bien puestos, sí señor. Más gordos que los tuyos.

El viaje fue de comitiva de sepelio. Corominas trataba de ordenar el embrollo que se había desatado en su interior. Su primera reacción había sido de susto, que es lo normal cuando a uno lo informan de que su señora está en los calabozos; el hecho de que él fuera policía empeoraba las cosas, porque había visto a decenas cagarse de miedo en esa situación.

En una comisaría, la mayoría de detenidos son la viva imagen de la indefensión, la fragilidad y el miedo. Especialmente los primerizos. Aunque lo que le daba pavor de verdad era que, conociéndola, Laura agravara las cosas. Lo mejor en esas situaciones es callar hasta que llegue el abogado.

Agüero, que sabía que era mejor no terciar, condujo en silencio. Adivinaba lo que corría por las venas de su superior, y como no quería que le soltara un latigazo, optó por no incordiarlo.

El subinspector Ledesma, que era quien había hecho la llamada, los esperaba en la entrada. Tenía el rostro anguloso como un tajamar y la nariz se le proyectaba como un enorme mascarón de proa.

—¿Dónde está?

—Dentro —lo informé—. Le he dicho que no declare, que yo te avisaba.

De haberse tratado de otro detenido, Corominas hubiera puesto el grito en el cielo. Pero las circunstancias lo son

todo, y la que estaba allí era su mujer.

Ledesma era miembro de la CEP y se había presentado a las elecciones sindicales sin mucho éxito. De hecho, sin ninguno. El puesto que correspondía a la escala de subinspección en el Consejo se lo había llevado la coalición formada por el SUP y la Unión Federal de Policía, así que el hombre se había quedado compuesto y sin novia.

Corominas no estaba sindicado; prefería librar sus batallas solito. Sentía la misma desconfianza por ellos que por la Dirección, de modo que siempre había mantenido las distancias. Pero lo que realmente le molestaba de Ledesma era su carácter diletante. Agüero, en cambio, tenía buena relación con él, aunque tampoco eran amigos del alma.

—Te debo una.

—No me debes nada, inspector —respondió Ledesma—. Tú habrías hecho lo mismo.

—Te debo una y punto —replicó Corominas, que estaba seguro de que el subinspector ya había cincelado el favor en piedra.

Ledesma dejó caer los párpados de modo afectado. «Ahí está», suspiró Corominas para sus adentros.

—He hablado con Arreche y está todo arreglado.

No le gustaba deber nada a nadie, y ahora sus acreedores eran dos. Ledesma no era santo de su devoción, pero Arreche, el mando de la UIP de Ofidia —el tipo se había castellanizado el nombre en el registro para sacudirse de encima cualquier posible tufo a vasco—, lo era

aún menos. La sola idea de tener que hacerle una visita le provocó una úlcera sangrante.

La base de los antidisturbios estaba situada en un viejo complejo con aspecto de cuartel a las afueras, justo al lado del hospital de San Rafael, que era donde a uno lo llevaban cuando ya no tenía remedio. Al inspector siempre le había hecho gracia que Arreche y sus chicos compartieran espacio con la Brigada Provincial de la Científica: era como meter en un mismo cuarto a boxeadores y sopladores de cristal.

Habían coincidido por última vez en la pasada festividad de los Custodios. A pesar de que Corominas no comulgaba con la deriva apostólica-romana que emanaba del ministerio, el Día del Patrón era el Día del Patrón. «Contradicciones las gastamos todos», solía decirle a Agüero, que lo más cerca que había estado de un cura en su vida había sido en algún funeral.

La conversación había sido escueta, como siempre. Hablar con Arreche era asistir a un monólogo, y Corominas tampoco quería darle pie a familiaridades de ningún tipo.

—¿Has visto *Estado de sitio*? Pues yo soy como Bruce Willis. A mí me sacan a la calle para hacer lo que el resto no tiene los santos cojones de hacer. Los políticos se llenan la boca con la libertad de expresión y de manifestación de los huevos, pero cuando alguien les planta un escrache en las narices, se cagan por la pata abajo. Solo les importa su democracia: silloncito, prebendas y cubatas a dos euros y medio en el teatrillo ese de Madrid. Y da igual que sean de